EL EVANGELIO DEL MESTIZO

José Vasconcelos*

La obra de José Vasconcelos es vasta y compleja. Sus escritos abarcan más de cincuenta años, cubren casi todos los géneros literarios –desde la autobiografía hasta el ensayo, el discurso y el prólogo; desde el periodismo hasta el cuento, el teatro y la poesía– y tocan todas las áreas –la filosofía, la historia, la crítica literaria, el análisis político, la educación y hasta la sociología y la antropología–.

En esta ocasión, *Istor* pone en manos de sus lectores de habla hispana parte de un ensayo, originalmente publicado en inglés durante el otoño de 1926, que, hasta donde sabemos, nunca ha sido traducido al español: "The Latin-American Basis of Mexican Civilization".

El ensayo fue escrito como parte de un ciclo de conferencias organizadas por la Fundación Harris en la Universidad de Chicago, donde Vasconcelos fue profesor visitante en el Departamento de Historia entre el otoño de 1926 y la primavera de 1928. Esta circunstancia hizo de este ensayo algo muy especial, pues pocas veces en su carrera el maestro Vasconcelos estuvo bajo el lente riguroso de la academia. Mientras estuvo en Chicago, a pesar de tener ya la fama derivada de su actuación como Rector de la Universidad Nacional y como Secretario de Educación en el gabinete de Álvaro Obregón, tuvo que satisfacer a la facultad de una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos.

El fragmento que ahora presentamos forma parte de una reflexión, a manera de ensayo, sobre las razones por las cuales la política en América Latina en general, y en México

* José Vasconcelos, "The Latin-American Basis of Mexican Civilization", en José Vasconcelos y Manuel Gamio, *Aspects of Mexican Civilization*. [Lectures on the Harris Foundation, 1926.] Chicago: University of Chicago Press, 1926, p. 1-102. Introducción, traducción y notas de Luis Barrón, CIDE.

en particular, había sido muy inestable desde la Independencia hasta el primer cuarto del siglo XX, y corresponde a un grupo de trabajos que Vasconcelos publicó durante esos años sobre los temas de la raza y la cultura en Iberoamérica.[1]

Con su pluma deliciosa y el poco rigor que siempre lo caracterizaron, Vasconcelos divide su ensayo –y su argumento– en tres partes: en la primera sostiene que las diferencias entre la geografía de América Latina y la de Estados Unidos determinaron, siempre, las posibilidades de desarrollo en el continente; en la segunda, que de cualquier manera sólo la democracia podía ser la base real del desarrollo; y en la tercera, que, a pesar de lo que comúnmente se pensaba, la mezcla de razas era la principal fortaleza de la civilización latinoamericana.

En la primera parte de "La base latinoamericana de la civilización en México", Vasconcelos argumenta que México era una tierra en donde una cultura siempre llegaba para destruir y suplantar a otra, en lugar de darse el proceso regular de crecimiento y evolución de un periodo de la historia a otro. "Las culturas en México –escribía Vasconcelos– son como un tallo que produce una hermosa flor, sólo para morir sin dejar una semilla. Y así, la tierra permanece estéril hasta que otra flora accidental, independiente de la precedente, cobra vida posteriormente" (p. 5). Para Vasconcelos, esta circunstancia estaba determinada, en gran parte, por los inmensos contrastes geográficos del territorio mexicano. De hecho, para él "no es tanto una cuestión de la capacidad racial sino principalmente la naturaleza del territorio […] lo que uno tiene que tener en mente para juzgar correctamente una situación específica" (p. 16).

En el segundo apartado, Vasconcelos asegura que sólo a través de la democracia se puede dar la evolución hacia la civilización y, aunque reconoce que la mayor parte de la historia de América Latina está más bien ligada al autoritarismo, sostiene que "el pueblo en Latinoamérica nunca ha tolerado una dictadura larga y siempre ha conseguido castigar al dictador, a través de las revoluciones liberadoras y triunfantes" (p. 45). En ese sentido, para Vasconcelos, la historia de América Latina es la historia de la lucha entre la dictadura y la democracia, y la tragedia es que las revoluciones –en las que siempre triunfa la democracia– han estado preñadas de autoritarismo. Por eso, la única solución para el autoritarismo en América Latina, según Vasconcelos, es la educación: "nunca seremos grandes na-

[1] Los dos mejores ejemplos son, por supuesto, *La Raza Cósmica* (que originalmente publicó en 1925) e *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana* (1926).

ciones hasta que sigamos el ejemplo de Sarmiento en Argentina, quien acabó con el caudillo y con los militares extendiendo las escuelas y el aumento de la inmigración […] los semi-iletrados, los hombres que empiezan a leer cuando llegan al gobierno, no pueden hacer otra cosa que perpetuar el siempre recurrente sincronismo de terrorismo y anarquía" (p. 64-65).

En la tercera parte, que es la que se presenta ahora, Vasconcelos trata "el problema de la raza en América Latina", y allí defiende el mestizaje y resalta sus fortalezas. En estos años, antes de la gran desilusión de 1929, Vasconcelos todavía defiende la idea de que, cuando se observa con cuidado la naturaleza humana, uno encuentra "que el mestizaje en el hombre, como en las plantas, tiende a producir mejores tipos y tiende a rejuvenecer aquellos que se han quedado estáticos" (p. 85).

Que sea el lector quien juzgue, a través de este ensayo, las ideas raciales –¿o racistas?– de José Vasconcelos, los aciertos y contradicciones de uno de los escritores más prolijos y uno de los intelectuales más controvertidos de la cultura iberoamericana.

JOSÉ VASCONCELOS

EL EVANGELIO DEL MESTIZO

Existen muchas teorías sobre el origen de los antiguos habitantes de este Nuevo Mundo. Los descubrimientos del Profesor Hrdlika,[2] en relación con las fuertes similitudes entre cierta tribu siberiana y los indios pieles rojas de Norteamérica, pueden ser correctas, pero no excluyen la posibilidad de que haya existido una raza más autóctona procedente del sur lejano, de la Patagonia, como parecen indicar las leyendas peruanas. Algunas similitudes que constantemente se destacan entre la arquitectura de los mayas quiché y la manera de construir de los egipcios tenderían a confirmar la opinión de los creyentes en la Atlántida de la era clásica; y, finalmente, la teoría del Profesor Wegener[3] –sobre la unidad original de todos los continentes en un mismo cuerpo que se separó como resultado de la rotación de la Tierra– despejaría todas las dificultades, pues nos permitiría afirmar que no hay más misterio acerca del origen del aborigen americano que acerca del origen de la raza humana como un todo. No sabemos cómo vivíamos hace más de cinco mil años, ni tampoco dónde.

[2] Alex Hrdlika, antropólogo checo (1869-1943), propuso en su *Origen del indio americano* (originalmente publicado como *The genesis of the American Indian*, Washington D.C., 1917) que el género humano tuvo un solo origen en Asia. Específicamente, propuso que los indios americanos, pese a escasas diferencias, tuvieron uniformidad racial, y que se originaron en la región Asiática de Mongolia.

[3] Alfred Lothar Wegener, científico alemán (1880-1930), refutó la teoría de que puentes de tierra habían unido a los continentes, y propuso, en su *Origen de los continentes y océanos* (originalmente publicado como *Die Entstehung der Kontinente und Ozeane*, Braunschweig, F. Vieweg & Sohn, 1922), la existencia de un supercontinente único original que, al separarse hace unos 200 millones de años, dio origen a los continentes acutales.

Podemos aseverar, sin embargo, que en el Nuevo Mundo, así como en el Viejo, una serie de civilizaciones se han desarrollado y luego decaído.[4] Las civilizaciones vienen y van, pero es muy probable que la raza humana, la raza particular que crea un cierto periodo de culturas, no desaparezca con la desaparición de su poder constructivo. El desarrollo social de un cierto pueblo puede detenerse completamente, mientras la raza en sí misma sigue reproduciéndose. Los griegos de los días de Roma habían desaparecido como un tipo de civilización dominante, pero continuaban existiendo como una raza que viajaba y se mezclaba con otras; y la raza original entonces se modificó, pero nunca se destruyó completamente. Lo mismo se puede decir, estoy seguro, del indio. Cuando Cortés llegó al continente, los indios de Montezuma no sabían ellos mismos quién había construido las pirámides de Teotihuacan que yacían cubiertas con el polvo de los siglos sólo a unas cuantas millas de la antigua Tenochtitlan, la ciudad de México de hoy. Pero no hay duda de que un buen número de estos indios de Montezuma tenía en sus venas la misma sangre que los constructores de esos monumentos olvidados. Los aztecas, que eran relativamente advenedizos, pudieron no haberla tenido, pero el conjunto de viejas razas que habitaban el Valle eran, sin duda, herederos de la carne y del alma de esos admirables ancestros. El invasor nunca tuvo éxito en destruir a toda la población sometida; tuvo que convivir con ella, mezclarse en matrimonio y aprender de esos viejos habitantes. De la misma manera podemos afirmar que, a pesar de que los nativos de Yucatán y Guatemala se han olvidado completamente de la historia de los constructores de los palacios maya quiché, tienen todavía en ellos el alma de esos arquitectos ancestrales. No es una sorpresa en absoluto que la tradición histórica se perdiera en una época en que no había lenguaje escrito; aun la escritura que sí existió fue transmitida sólo por tradición oral, corriendo el peligro natural de que se perdiera por completo la llave para descifrar esos símbolos en los periodos de guerra, migración y calamidad.

El hecho que estoy tratando de enfatizar es que nuestra raza, o cuando menos las razas indias de los trópicos, no son propiamente razas primitivas. Llámenlas, si

[4] Vasconcelos no es muy preciso ni consistente en el uso de algunos conceptos, particularmente los de "civilización" y "cultura", que a veces utiliza como sinónimos, lo que dificulta hacer una traducción precisa. Nótese, por ejemplo, que a lo largo del texto, a veces, las civilizaciones crean culturas y, otras, las culturas crean civilizaciones.

quieren, razas en decadencia, pero no son razas primitivas. Los indios de Nuevo México pueden ser primitivos –aunque mejor diría provincianos, en lugar de primitivos–; es decir, lo que queda de su cultura se deriva de lo poco que pudieron obtener, estando tan lejos, de las altas civilizaciones del sur de Guatemala y México. Yo sostengo que el ritmo de la civilización en el Nuevo Mundo en ese tiempo latía, y ha latido –así como en el tiempo en que los españoles llegaron y hasta el siglo XVII– de sur a norte, en lugar de ser como es ahora, y como ha sido desde la Declaración de Independencia en Estados Unidos, de norte a sur. Desde el inicio del siglo XIX, los países latinoamericanos empezaron a copiar las instituciones políticas y el sistema educativo de Estados Unidos; posteriormente, también hemos copiado el sistema ferroviario, la maquinaria; finalmente, hemos tomado también el capital estadounidense para desarrollar nuestros recursos; pero en los siglos anteriores, durante los días de los indios, y de los españoles igual, fue el nativo de Arizona quien tuvo que marchar hacia el sur en busca de las herramientas para hilar la lana y de la inspiración para decorarla. En el tiempo de los españoles, ambos, la misión y la labranza, tomaron su modelo de la arquitectura más avanzada del centro de México, entonces la madre de la cultura latinoamericana. En América del Sur encontramos un movimiento similar, aunque invertido. La civilización ahí se centró alrededor del semitrópico y del altiplano templado de Cuzco, y muy escasamente llegó a las planicies desérticas de lo que hoy es la grande y creciente nación argentina. Pero los territorios aztecas e incas en ese tiempo no sólo eran los más densamente poblados, sino que además eran los centros de la cultura del Nuevo Mundo, creadores de la civilización de ese periodo.

Nuestros indios, entonces, no son primitivos como lo fue el indio piel roja, sino almas probadas por los siglos que conocen la victoria y la derrota, la vida y la muerte y todos los humores de la historia.

Me gustaría[5] llamar la atención sobre el hecho de que los indios de México, así como los de Perú, representaban cierto tipo de civilización y, consecuentemente, no eran, como los indios de Norteamérica, simples tribus de nativos, tribus nó-

[5] En esta traducción se respetó el estilo de Vasconcelos de usar, indistintamente, la primera persona del singular y la del plural, pues hay que considerar que escribió el texto, originalmente, para leerlo a un público norteamericano.

madas de cazadores, porque este hecho en sí mismo podría explicar por qué los españoles tuvieron que mezclarse con los indios, mientras que los ingleses no se mezclaron, sino que simplemente forzaron a los indios a retirarse. Cuando dos civilizaciones se encuentran, una o la otra predomina, pero ambas sufren cambios; ambas pierden algunos de sus rasgos y ganan otros. Lo que le pasó a los españoles durante la invasión árabe, le pasó a los indios durante la invasión española. Hay una diferencia de matiz, claro, y, como veremos más adelante, una muy sorprendente diferencia en los resultados; pero la verdad es que el proceso social histórico de la conquista española en México fue más o menos el mismo que el de cualquier invasión europea de Asia, en la que una raza obtuvo el control y la preponderancia y la otra fue sometida, pero ambas continuaron viviendo en contacto cercano y modificándose mutuamente a través de ese contacto.

El caso de América del Norte, como bien sabemos, fue muy diferente. Ese caso no fue el de una invasión –cuando menos no una repentina y abrumadora invasión– sino el de una penetración lenta del territorio, sin que se conservara la raza nativa y, consecuentemente, sin contacto social o cualquier otra relación con el indio.

Esta diferencia es el origen de la política y de la práctica que pudiéramos llamar el estándar de una raza, opuesto al estándar mestizo. Con esto me refiero al hecho incontrovertible de que la civilización de Norteamérica es una civilización de una sola raza, una civilización de raza blanca, como insisten ustedes en llamarse, incluso a veces excluyendo otras razas blancas como, por ejemplo, la española. Una civilización de raza blanca que puede contener, y que de hecho contiene, millones de habitantes de otras razas, como la negra, pero que no los considera una parte integral de sí misma y que, por regla, no permite los matrimonios interraciales. El negro aquí, así como el indio, está en un mundo aparte socialmente, y es un cuerpo conectado políticamente con la población blanca. Claro que nadie puede negar la profunda influencia, una gradual pero creciente influencia, del negro en la mente americana –una influencia que les ha dado la música que bailan y la risa que les ayuda a ser felices, dos regalos celestiales, pródigamente extendidos por el negro socialmente separado–.

Por el otro lado tenemos, en el sur, una civilización que desde el principio aceptó el estándar social mixto, no sólo como un hecho sino en la ley, pues el indio después de ser bautizado se volvía igual al español y podía casarse con el conquistador.

La boda de Cortés –quien fue acusado de haber asesinado a su esposa española para poderse casar, o al menos para vivir sin que lo molestaran, con su amor indio la Malintzin– es simbólico del nuevo estado de cosas y de toda la situación racial en nuestro país. Muchos otros siguieron el ejemplo de Cortés al casarse con una india; ese ejemplo siguió y ha seguido desde entonces; pero la primera vez que el mundo se dio cuenta de lo que había pasado en América fue, creo, cuando el primer escritor de la nueva raza apareció en Perú. Más o menos a la mitad del siglo XVI, el público educado en España empezó a leer con curiosidad y asombro la obra del célebre mestizo llamado El Inca –El Inca Garcilaso de la Vega, un historiador, un hombre de letras, quizá el primer hombre de letras del Nuevo Mundo–. Los escritos de El Inca –una lectura muy entretenida y fascinante incluso hoy– tratan sobre sus memorias infantiles acerca de la vida de su madre y de su padre, una princesa india y un capitán español. El Inca también escribió algunos cuentos y narrativas de la conquista y sobre los sentimientos de derrota de los nativos; escuchó y repitió en sus escritos muchas historias viejas de los antiguos caciques; se impregnó con todas las leyendas y los sentimientos de la moribunda civilización india; y luego, siendo todavía joven, viajó a España y aprendió y adoptó las ideas españolas, aprendió también a amar a España y a la cultura española europea.[6] Su mente, así como su propia sangre, se convirtieron en el guión, en el punto de encuentro de esta tragedia indo-española, lo que pudo, a través de su genio, transformar en un concepto nuevo y más amplio de la vida. Incluso se puede decir sin temor que en los días de Garcilaso no hubo mejor mente en el Nuevo Mundo, ni entre los indios ni entre los españoles, que la de este mestizo, quien luchaba por hacer de las dos mentalidades en conflicto una sola mente. Y con Garcilaso, la alianza espiritual, la mezcla espiritual del indio y del español, se selló para siempre.

Desde entonces, cada día más y más, la fortuna de los países hispanoamericanos ha quedado en las manos de hombres que reconocen en Garcilaso a su líder y ancestro espiritual. Hemos sido en el corazón españoles aun cuando hemos tenido que luchar en contra de España, y seguimos siendo indios aun cuando nuestra piel, accidentalmente, se ha blanqueado a través del matrimonio con la raza española

[6] Aquí Vasconcelos utiliza, en inglés, "Spanish European culture", pues distingue, a menudo, la rama española de la cultura europea como un todo.

actual. De esta manera, el mestizo no puede completamente regresar a sus padres, pues no es exactamente como ninguno de sus ancestros; y estando imposibilitado para conectarse completamente con el pasado, el mestizo se dirige siempre hacia el futuro –es un puente hacia el futuro–. Ningún país puede mostrar mejor que México todos los signos y efectos de esta psicología tan peculiar del mestizo.

Noten el hecho de que el mestizo representa un elemento completamente nuevo en la historia, pues si es cierto que en todas las eras el conquistador y el conquistado han mezclado su sangre, es incuestionablemente verdad que nunca antes se habían puesto en contacto y combinado dos razas tan separadas como la india y la española, y que nunca antes los procesos de fusión de dos castas tan diferentes fueron de tan gran escala. La historia nunca había sido testigo de un proceso en el que dos razas sin relación se hubieran mezclado y prácticamente desaparecido para crear una nueva. De acuerdo a algunos observadores, todo nuestro retraso, todas nuestras dificultades y nuestras luchas infructuosas se derivan de esta defectuosa e incluso despreciable mezcla de razas. Un destacado filósofo, que por algún tiempo fue maestro incluso en nuestras propias universidades mestizas, el inglés Spencer,[7] nos señaló específicamente como un ejemplo del híbrido sin esperanza, producto de la violación de las sagradas leyes científicas de la purificación, de la evolución redentora. De cualquier modo, el inglés siempre ha estado por la conservación de una raza humana original, pura, y ha logrado mantenerla; y el español siempre ha menospreciado este prejuicio blanco y, de hecho, ha creado millones de mestizos en América y en las Filipinas. El progreso ilimitado de la civilización anglosajona en los últimos siglos es la base de la creencia en la solidez de su política. Incluso, muchos de entre nosotros se han sentido obligados a admitir que la mezcla racial sólo puede producir un tipo inferior de humanidad, una raza inferior que sólo el incremento constante de una ola renovada de gente blanca podría ayudar, como la que ha inundado, por ejemplo, los territorios deshabitados de Argentina. Ésta es la creencia todavía de algunos latinoamericanos de pura raza española; y hay muchos mestizos que sienten que todos sus votos deben dirigirse a eliminar la cepa nativa.

[7] Herbert Spencer, biólogo y sociólogo británico (1820-1903), fue un ardiente defensor de la teoría de la evolución de Charles Darwin. Spencer, que popularizó las teorías de Darwin, fue el primero en aplicarlas al campo social.

Para mí, esta última actitud no es más que un caso de cobardía. Estamos impresionados por el poder de la civilización mundial del presente; y olvidamos que hay algo más profundo en el mestizaje, algo que puede ver, incluso, un pensador superficial. Es muy fácil estar de acuerdo con el éxito; es muy fácil filosofar partiendo de las conclusiones parciales de un momento dado de la historia. Pero si pensamos con la cabeza y buscamos con el alma en los misterios del destino humano, encontramos de inmediato que la llamada teoría de la raza pura no es otra cosa que la teoría de los pueblos dominantes en cada periodo de la historia. Y la teoría de la raza pura apunta, muy seguido y casi fatalmente, a los matrimonios entre parientes, a los matrimonios incestuosos de los faraones. Si observamos la naturaleza humana con cuidado, encontramos que el mestizaje en el hombre, como en las plantas, tiende a producir mejores tipos y tiende a rejuvenecer aquellos que se han quedado estáticos. Si revisamos la historia, encontramos que después de un periodo de adaptación, los resultados de la renovación en la sangre siempre son benéficos. Incluso algunos de los autores más modernos en la materia, como el francés Pittard,[8] concluyen que la raza pura es un mito, pues todas las naciones son el resultado de numerosas mezclas; Pittard incluso va tan lejos como para afirmar que "sólo los pobres diablos" pueden jactarse de tener un pedigrí puro, porque sólo las clases bajas en las naciones retiradas se casan entre ellas, mientras que los poderosos de cualquier grupo enriquecen su experiencia casándose con las más hermosas o atractivas mujeres de las tribus vecinas. Las ventajas de una mezcla de razas han sido, entonces, generalmente reconocidas; el prejuicio racial, como existe hoy, es un sentimiento relativamente moderno que se originó, quizá, de las necesidades del colonizador inglés en territorios muy lejanos y densamente poblados por distintas razas. El inglés, con su instinto social altamente desarrollado, entendió que si los colonizadores de los lejanos territorios de las Indias comenzaban a contraer matrimonio con las mujeres nativas, muy pronto lo europeo en ellos sería absorbido, y la siguiente generación estaría perdida para el Imperio. Los españoles fueron mucho más arrojados, pues la decisión de aceptar los resultados de los matrimonios interraciales con los nativos no fue casual, sino per-

[8] El lector hispano puede consultar de Pittard, por ejemplo, Eugenio Pittard, *Las razas y la historia*, Barcelona, Cervantes, 1925.

fectamente calculada, como lo demuestra la larga discusión que precedió a la afirmación del Papa de que los indios tenían derecho a recibir los sacramentos de la Iglesia y a casarse como cualquier otro.

Ahora bien, si comparamos los resultados de la política de los ingleses en India con los resultados de la política española en América –incluso cuando la política inglesa en India todavía no madura, pues no ha tenido las centurias de experiencia que tiene la política colonizadora de los españoles–, creo que estaríamos justificados al declarar que los resultados culturales del método español son superiores. Los españoles han logrado reproducir su sangre en parte y su cultura totalmente en veinte naciones que son hoy tan españolas como España, a pesar de ser política y socialmente independientes. Los ingleses, en cambio, con su sistema de no mantener contacto social siquiera con los nativos, son tan extraños hoy en India como lo fueron sus ancestros el primer día que llegaron; y no parece probable que vayan a tener éxito erradicando a los indios para sustituirlos con ingleses. Encontramos en India una coexistencia, una yuxtaposición de culturas que no se mezclan, de la misma manera que los cuerpos de las dos razas se mantienen completamente separados. Qué sistema es mejor, incluso juzgando desde el punto de vista egoísta del conquistador, es algo que sólo el futuro puede contestar. No es nuestro objetivo aquí dar consejos, pero estamos forzados a aceptar el método español, que de alguna manera creó nuestras nacionalidades y que es la razón de nuestra existencia como raza y como una rama de la familia humana. No podemos condenar el método español sin negarnos a nosotros mismos.

Los fundadores de Estados Unidos fueron muy afortunados al no encontrar en estos territorios una gran población india, por lo que fue fácil para ellos hacer retroceder a los nativos; pero la importación de los negros trajo a esta nación, como todos lo sabemos, un problema más difícil, sin duda, que todos los conocidos. Y los norteamericanos, quienes son el resultado de una mezcla de todas las razas europeas, han seguido el sistema inglés con respecto al negro, es decir, el sistema de evitar estrictamente las relaciones matrimoniales con la raza de color. Los españoles no obedecieron esta regla de abstención ni con el negro; la población de muchas de nuestras zonas tropicales es mulata, una mezcla de español con negro; los portugueses han creado también una población mulata en Brasil, así que ahí encontramos también el sistema latino de asimilación y de matrimonios interraciales

y mestizaje, opuesto al método anglosajón de tabús en cuanto al matrimonio y estándares de raza pura.

Si el tremendo problema derivado de la coexistencia de dos razas que viven separadas en el mismo hogar pudiera ser considerado finalmente resuelto en este país, entonces habría un buen argumento para aquellos que afirman que México debería tratar de terminar con el mestizaje y con la población india importando a millones de europeos; pero el hecho es que no se puede destruir una raza; no se pueden cambiar las condiciones sociales de acuerdo a un deseo; y uno tiene que enfrentar el problema no sólo con el cerebro sino también con el corazón y con el instinto superior de la naturaleza. Cuando menos para nosotros en México, es demasiado tarde para cambiar nuestras prácticas. No hay nada más que podamos hacer sino seguir la tradición española de eliminar el prejuicio acerca del color, el prejuicio de la raza, de todas nuestras políticas sociales. No importa cuáles puedan ser nuestras opiniones teóricas; tenemos que partir del hecho de que el elemento mestizo es el predominante en México.

Pero el mestizo no tiene un reino sin disputa en el país. De vez en cuando todavía se puede oír en México el eco de la voz india que reclama la vuelta al pasado de su raza para obtener fuerza e inspiración. Los reclamos de los indios puros suenan en ocasiones muy parecidos en su visión al credo de los más ardientes defensores de la pureza de la raza blanca en su propio país. Y la evidencia de que esto no es sólo un sentimiento teórico se puede encontrar en la historia de nuestras revoluciones, que en algunos casos han desarrollado movimientos indios puros con la tendencia a querer restaurar estándares de pureza india. Los levantamientos indios de Yucatán –conocidos como la Guerra de Castas–, el indio puro en contra del mestizo y del criollo, en contra del hispanoparlante, en contra de la población mexicana, es un viejo pero claro ejemplo. El movimiento de Zapata de la última revolución contenía claramente la semilla de un renacimiento indio en todo nuestro territorio. Hubo un tiempo en que el vestido europeo no se permitía en el territorio de Zapata; y aquellos mexicanos que tenían la piel blanca del español y se unieron a los ejércitos zapatistas tuvieron que adoptar la vestimenta y las costumbres del indio; de cierta manera tuvieron que indianizarse antes de que fueran aceptados. Pero la debilidad del movimiento puramente indio está, por supuesto, en el hecho de que el indio no tiene estándares de civilización que le

puedan dar soporte. No tiene una lengua propia, y nunca tuvo una lengua común para toda la raza. Y la ventaja del método español de colonización a través de la asimilación se demuestra aquí de nuevo, creo, en el hecho de que el espíritu español todavía está ganando batallas sobre el espíritu nativo del indio a través de su lengua, de su religión y de sus formas sociales de vivir. Hasta el más radical de los líderes de la revuelta de Zapata, indios puros como el maestro de escuela Montaño, quien era el cerebro del grupo, se expresaba en perfecto español y basaba su teoría económica de la distribución de la tierra, etcétera, en los términos de la manera de vivir europea. Al mismo tiempo, la masa india de la revuelta cargaba, desde los días de Hidalgo, la imagen de la Virgen de Guadalupe como bandera. Estaban siendo españoles aun en contra de su voluntad y de su conciencia; y es sólo natural que todo eso pasara, pues no tenían otra tradición que les diera sostén. En cambio, el movimiento, planeado muy cuidadosamente, fue superado por la mayor fuerza del elemento mestizo de los ejércitos de Carranza, Obregón y Villa, que representaba al mexicano, no al indio; es decir, al español americano, al indoespañol que también prevalece en América Central, en Perú y en Bolivia.

Se pueden preguntar si el criollo, el descendiente de la sangre española pura, no ha tratado también de controlar México, y creo que podemos contestar que el criollo ha hecho esfuerzos para predominar y, también, que ha fracasado en esos intentos. Creo que esas tendencias, representadas por un grupo que se unió a Maximiliano, eran principalmente europeas, tendencias españolas. Y para derrotarlas, el mestizo y el indio se unieron bajo el liderazgo del indio Benito Juárez. Desde entonces, estoy seguro, la alianza del mestizo y del indio es inquebrantable y, por supuesto, no existe ya una línea divisoria por razones de color o de casta; el criollo, también, se ha adaptado por completo a un sentimiento nacional o, más bien, a un sentimiento continental de iberoamericanismo, que tiene como lazo común indestructible a la lengua española y al tipo cultural español.

La verdad es, entonces, queramos o no, que el mestizo es el elemento dominante en el continente latinoamericano. Sus características ya se han señalado muchas veces: una gran vivacidad de mente; entendimiento pronto y, al mismo tiempo, un temperamento inestable; no mucha persistencia en sus propósitos; una voluntad un tanto defectuosa. Es curioso notar que la mezcla de dos almas diferentes a través de la herencia ha producido una disposición mental más amplia.

Desde un punto de vista meramente intelectual, dudo que haya una raza con menos prejuicios, más lista para embarcase en cualquier aventura mental, más sutil, y más variada que la mestiza. Yo encuentro en estas características la esperanza de que el mestizo produzca una civilización más universal en sus tendencias que cualquier otra raza del pasado. Ya sea por nuestro temperamento o por el hecho de que no poseemos una tradición nacional fuerte, la verdad es que nuestro pueblo es agudo y hábil para entender e interpretar los más contradictorios tipos humanos. Sentimos la necesidad de expresar la vida a través de muchos canales, miles de canales; no somos adictos a la tradición local ni a la europea, pero deseamos conocer y experimentar todas: la oriental y la occidental, la del norte y la del sur. Tenemos una pluralidad de emociones, casi un deseo demente de probar todo y de experimentar la vida desde todos los puntos de vista y con todos los sentidos –somos, verdaderamente, más universales en sentimiento que cualquier otro pueblo–. Sin embargo, algunas veces parecemos intolerantes y patrióticamente locales, pero esto es resultado de la peligrosa posición política en la que hemos estado los últimos años. En cambio, somos inestables, pero los biólogos, creo, pueden entender fácilmente esto, pues somos un producto nuevo, una raza nueva, no completamente terminada. Creo que esa debilidad se puede superar definiendo claramente nuestras metas y proponiéndonos una meta clara y grandiosa.

Muchos de nuestros fracasos se han derivado del hecho de que no sabemos exactamente lo que queremos. En primer lugar, debemos definir entonces nuestra propia cultura y nuestros propósitos, y educarnos para alcanzarlos. Ninguna nación se ha hecho verdaderamente grande sin tener una fe ardiente en algún ideal elevado. La democracia y la igualdad de oportunidades para todo hombre ha sido el lema de la gran nación americana. Amplitud, universalidad de sentimiento y pensamiento para poder llevar a cabo la misión de hermanar a todas las razas de la Tierra, y con el propósito de crear un nuevo tipo de civilización, es, creo, el ideal que nos daría en América Latina nuestra fuerza y visión.

La meta puede parecer muy ambiciosa, pero sólo los ideales grandes, ilimitados, pueden darle a una nación la fuerza que se requiere para romper la rutina de la vida y superarse. Entre más ambiciosa sea la meta, el esfuerzo es más enérgico. Nuestro temperamento místico requiere una labor que tenga, en ella misma cuando menos, la tendencia a ser ilimitada y casi imposible. Un impulso ardiente

es nuestra única esperanza si hemos de alcanzar al resto del mundo. Nuestra batalla es, en un sentido, la batalla del futuro, pues cada día la humanidad estará más y más en contacto, y las mezclas de todas las sangres y pensamientos y sentimientos se irán incrementando y, con ellas, los fenómenos y los problemas del mestizaje se harán universales. El tiempo y la oportunidad del pura sangre, del grupo pura sangre, se está acabando; en todos lados los mestizos absorben hoy a los grupos de pura sangre; incluso si ellos han sido los amos, no podrán mantenerse ante la creciente ola de las masas técnicamente educadas de las razas complejas. En un sentido, el mundo está regresando a la confusión de Babel, y vendrá un periodo largo en que la mezcla, o lo que llamamos mestizaje, será inevitablemente la regla. No podemos entonces ignorar el problema declarando, como los evolucionistas de la escuela de Spencer lo han hecho, que el tipo híbrido era un tipo degenerado. Esa afirmación representa sólo la opinión miope del prejuicio y la posición ventajosa del imperialista. Recordemos, sin embargo, que las mismas masas que ellos han despreciado se tragaron y agobiaron a todos los imperialistas. El futuro tendrá que estar preparado de diferente manera si no queremos ver una repetición de la historia, sino una nueva era de progreso humano.

Desde nuestro punto de vista local en México, he empezado a predicar el evangelio del mestizo tratando de imprimir en las mentes de la nueva raza una conciencia de su misión como constructores de nuevos conceptos de vida. Pero si la raza mixta va a ser capaz de hacer algo, primero es necesario darle fuerza moral y fe en sus propias habilidades. La clase de ciencia que hemos enseñado en nuestras escuelas no sirve para este propósito; al contrario, ésa fue la ciencia creada para justificar los objetivos del conquistador y del imperialista, la ciencia que vino al auxilio del fuerte en su conquista y explotación del débil: la aristocracia del hombre blanco y el imperio del blanco sobre el mundo, no sólo en nombre de la fuerza sino también sobre la base de una cierta teoría semicientífica de la supervivencia y la preponderancia del más fuerte, que es conocida popularmente como evolucionismo nietzscheano, de Nietzsche,[9] el alemán. Uno de los primeros pasos

[9] Se refiere, obviamente, a Friedrich Nietzsche (1844-1900), filósofo alemán que puede ser considerado como un evolucionista, pero que desborda, claramente, la doctrina de Darwin, pues propuso que la evolución no termina con el hombre. En español se puede consultar, por ejemplo, su clásico *Así hablaba Zaratustra*, México, Porrúa, 1999.

hacia la regeneración moral, que he estado defendiendo en México, es el abandono de esta creencia ciega en ciertas conclusiones apresuradas del darwinismo, y la sustitución del darwinismo por el mendelismo en nuestra filosofía biológica, pues podemos encontrar más esperanza racial y más fuerza y fe individuales en la hipótesis mendeliana de la vida.[10] Las teorías científicas modernas son, en muchos casos, como los credos religiosos del pasado, simplemente la justificación intelectual de las fatalidades de la conquista y de la ambición comercial. Si todas las naciones entonces construyen teorías para justificar sus políticas o para fortalecer sus actos, déjenos desarrollar nuestras propias teorías en México; o, al menos, déjenos estar seguros de escoger de entre las teorías extranjeras aquellas que estimulen nuestro crecimiento en lugar de las que lo restringen. Y así, en lugar de enfrentar, por ejemplo, el problema del indio desde el punto de vista del etnógrafo de la escuela evolucionista –que empieza del *parti pris* de su teoría, según la cual tomará al indio cerca de cinco mil años desarrollarse hasta alcanzar la mentalidad del blanco–, debemos abrir los ojos al hecho de que el indio ya estaba construyendo hace cinco mil años monumentos que la mentalidad del blanco está utilizando hoy mismo como inspiración para sus maravillosas ciudades nuevas de Chicago o Nueva York. La teoría racial que debemos suscribir entonces es la teoría de que las diferencias entre los pueblos dependen más de su habilidad para hacer ciertas cosas y no otras, y menos de diferencias de grado en su desarrollo total. Algunas razas desarrollan principalmente habilidades artísticas; otras desarrollan aptitudes comerciales; y así. La conclusión de esta teoría sería entonces extremadamente favorable para el tipo cultural del mestizo, pues tiende a complementar las debilidades de una raza en particular a través del intercambio y la asimilación con todo el mundo. De hecho, todos los grandes periodos de la historia han sido producto del trabajo de una mezcla de razas, de pueblos y de culturas, y no el trabajo de alguna nación de pura sangre privilegiada.

La política de segregación de razas y la política de educar al indio o a cualquier otra raza de nuestras naciones latinoamericanas de acuerdo a estándares separados

[10] Gregor Johann Mendel (1822-1884) fue un monje y naturalista que describió las leyes que rigen la herencia genética gracias a sus trabajos con diferentes variedades de guisantes. Véase, por ejemplo, su *Experiments in plant hybridization*, Cambridge, Harvard University Press, 1965 (originalmente publicado en 1866).

de cualquier tipo, no sólo es absurda entre nosotros, sino que sería fatal. Sería doblemente fatal porque no tenemos ese elemento de pura raza que pudiera tomar en nuestra tierra ese supuesto liderazgo que el novoinglés ha tomado aquí. Incluso si resultara cierto que este liderazgo blanco puro ha creado la grandeza de Estados Unidos, no tenemos en México algo equivalente a esa raíz. Nuestro progreso se ha retardado por este hecho, pero no hay otra cosa que hacer para nosotros que aceptar la situación de que la naturaleza nos ha provisto; y en lugar de copiar métodos ciegos o miopes, debemos avanzar creando lo que sea necesario según nuestro problema y nuestra misión. Para nosotros, sólo hay una política racial sólida, y ésa es la política de ayer: la política del español y del cristiano que dieron por hecho que todos somos potencialmente iguales y que estamos destinados a responder de diferente manera de acuerdo al llamado que se nos hace, cada uno cargando un tesoro que cobra vida en el momento apropiado, cuando hay necesidad. El deber de toda gran cultura es, entonces, criar a los seres humanos todos juntos y llamar a todas las razas a unirse para que todas puedan colaborar en la tarea de construir una verdadera civilización tanto material como espiritual. No le den una tarea a un hombre para la que no está preparado. Ubiquen a cada uno según su vocación. Aterricen en la vida social práctica algunas de las reglas de la felicidad, en lugar de las duras y ciegas reglas de la necesidad y del deber, y transformarán el mundo. Pero si alguna vez podremos acercarnos a una realidad de este tipo, debemos empezar primero transformando todas nuestras teorías, pues es en el alma en donde debemos buscar el germen de nuestra enfermedad, en la mente y, particularmente, en el corazón. Mientras nuestros ideales no correspondan a nuestros deseos más íntimos, nuestros ideales no valdrán la pena. Mientras la felicidad y el placer no se vuelvan la regla de la vida, tendremos que admitir que nos hemos perdido en un camino equivocado. El deber es un medio; el saber es un medio; el esfuerzo es un medio; la felicidad y el placer son los únicos fines. Y no puede haber felicidad en una civilización en la que las razas están separadas por el odio, el prejuicio y el mal entendimiento.

He dicho que la humanidad está regresando a Babel, y con esto quiero decir que el día de la civilización solitaria llegó a su fin. En este nuevo reencuentro de todas las razas, debemos evitar repetir los métodos del pasado, los métodos que transformaron Babel en una maldición. Babel se convirtió en una maldición por-

que los diferentes pueblos no se entendieron entre sí y, consecuentemente, en lugar de concurrir en un mismo propósito, entraron en competencia y en envidias que los destruyeron a todos. Es tiempo, entonces, de que cambiemos nuestros métodos de modo que podamos hacer próspero el nuevo periodo de Babel. Tendremos que cambiar toda la teoría de la superioridad de una raza sobre las otras. Tendremos que abandonar la práctica de poner a las llamadas razas inferiores a trabajar para el beneficio de la raza superior o, de lo contrario, los que dominen tendrán que sufrir la venganza de los oprimidos. Esa venganza se encuentra entre las leyes de la naturaleza misma. Atiendan al hecho de que cuando quiera que dos grupos extremadamente diferentes entran en contacto es, en el largo plazo, el grupo inferior el que predomina si el superior no se da a la tarea de elevar al inferior. La civilización española perdura hoy en América, y no por los descendientes puros de los conquistadores, sino porque los españoles educaron y asimilaron a las razas mixtas y a los indios. Si los españoles no hubieran mezclado su sangre con la india, no habría hoy en el mapa esa gran área de países en donde el alma española está viva y progresando. Cuando, al contrario, la raza dominante se separa y no tiene interés en la vida de la raza inferior, esta última tiende instintivamente a incrementar su número para compensar con cantidad lo que la raza superior consigue con la calidad. Entre más civilizada es una nación, más reduce su reproducción, siendo la tendencia a obtener las ventajas a través de la calidad. Pero la raza inferior, opuesta, que no tiene control ni esperanza, se multiplica maniáticamente; y el peso y la maldición de esta sobrepoblación es tan dañina para el elegido como lo es también para el menos afortunado. Si hemos de parar esta miseria, es necesario que la raza superior se preocupe por educar a la inferior y por elevar su estándar. Si no queremos que la ola del negro, del indio o del asiático nos abata, tendremos que asegurarnos de que el negro, el indio y el asiático se eleven a los estándares superiores de la vida, en donde la reproducción se vuelve regulada y la calidad predomina sobre la cantidad. En lugar del modo competitivo de vida que han impulsado los defensores de la civilización de pura raza, los imperialistas y los conquistadores, tendremos que adoptar, entonces, el modo cooperativo, de colaboración de la organización interracial; en lugar de la lucha por la vida y la supervivencia del más fuerte, la colaboración de todos los esfuerzos del hombre para la producción de la variedad y la calidad –una salvación producto no de la elección

de un cierto tipo más o menos fuerte, sino de la utilización de todas las aptitudes particulares con el propósito de crear valores superiores–. Si la frenética competencia y desconfianza de hoy se pueden superar, todas las razas podrán entonces trabajar para alcanzar la calidad y ninguna raza dedicará sus esfuerzos a la simple creación de números; por eso, el peligro presente de que las masas incivilizadas se sobrepongan por la fuerza a la minoría superior desaparecerá.

Si convertimos la competencia egoísta en colaboración de gran alcance, ni siquiera importará tanto que sigamos un estándar de pura raza, de una sola raza o de una mezcla de razas. Las mismas diferencias en la piel o en el temperamento que hoy nos perturban tanto pueden ser útiles e incluso placenteras al momento que aprendamos a desarrollar una estrategia en la que cada capacidad especial encuentre un propósito y una recompensa. Las afinidades espirituales y los deseos similares de gusto y de mente prevalecerán entonces, y la vida superior se convertirá en el proyecto de toda la familia humana.